

/Año 3/Nº6/ ISSN: 0718-6576 / Junio 2011/ Santiago de Chile/

Papel Máquina

Revista de cultura

Directora
Alejandra Castillo

Dirección Editorial
Alejandra Castillo
Luis Gueneau de Mussy
Miguel Valderrama

Consejo Editorial
Frank Ankersmit
Bruno Bosteels
Catherine Boyle
Flavia Costa
Eduardo Cadava
Carlos Ossa
Julio Ramos
Nelly Richard
Willy Thayer

Traducciones
Textos: Judith Butler, Micaela Kramer, Marina Grzinic, Avital Ronell.
Traducciones: Pablo Abufom, Mariano López Seoane.

Diseño y diagramación
Paloma Castillo Mora

Dibujos
Retratos: Avital Ronell y Miguel Valderrama
Dibujos: Gabriela Guíñez

Imagen de portada
Nayda Collazo

ISSN: 0718-6576
Editorial *Palinodia*
Teléfono: 664 1563
Mail: editorialpalinodia@yahoo.es

Santiago de Chile, junio 2011

Índice

EDITORIAL	9
Avital Ronell, en traducción	
MARIANO LÓPEZ SEOANE Avital, la extranjera	13
ARIEL SCHETTINI Pensar la poesía con Avital Ronell	29
MICAELA KRAMER Las posturas de guerrero de Avital Ronell	37
Campos de batalla: la herencia de Kafka	
JUDITH BUTLER ¿A quién le pertenece kafka?	57
Los viajes de Martí	
ARIELA SCHNIRMAJER Trayectos urbanos de José Martí	79
PEDRO PABLO RODRÍGUEZ <i>Nuestra América</i> en el viajero José Martí	93
MARÍA FERNANDA PAMPÍN La experiencia corporal en los <i>Diarios</i> de José Martí	109
Estéticas decoloniales	
ESITRUP, LOCKWARD, MIGNOLO Y VÁSQUEZ Estética decolonial: un manifiesto	121
WALTER MIGNOLO Y PEDRO PABLO GÓMEZ Estéticas decoloniales	125
MARINA GR•INIC Decolonialidad en la frontera	143

Diálogos

AVITAL RONELL

El rush del pensar

161

MIGUEL VALDERRAMA

El punctum de lo contemporáneo

177

Escribir la lectura

RITA FERRER

No estamos todos en el mismo lugar

187

Avital, la extranjera

MARIANO LÓPEZ SEOANE*

“Un pensador no debería tener religión ni patria, ni siquiera una convicción social” (Flaubert, citado en *Crack Wars*)

En días en que la sociedad norteamericana que la aloja sufre un nuevo pico de orgullo patriótico y se enorgullece de su agresiva presencia en el resto del mundo, parece crucial destacar el largo compromiso de Avital Ronell con una crítica de los fundamentos más inconvencionales de la propia identidad. Este compromiso se constata en los textos de crítica activista referidos a la primera Guerra del Golfo pero también en sus lúcidas observaciones sobre los motines de Los Ángeles en el año 1992 y en sus últimas reflexiones sobre el crujir de la autoridad y la política del padre¹. El trabajo de Ronell muestra una cierta incomodidad con cualquier instancia de identificación que implique suspender el rumor insidioso de la crítica. De hecho, Ronell suele repetir que busca hablar desde una experiencia de lo *trans*, experiencia que en su caso es en primer lugar lingüística y cultural. Más allá de su inflexión biográfica, lo *trans* tiene un lugar central en la interpretación que hace Ronell de la figura nietzscheana de “los filósofos del futuro” y funciona también como correctivo a la traducción usual de *ubermensch* como “superhombre”. El *ubermensch* sería para Ronell un *trans*-hombre, un sujeto o grupo de sujetos que han superado las identificaciones genéricas y habitan la deriva del tránsito, la traducción y la transferencia². En sintonía con lo *trans*, Ronell realiza un trabajo incansable para preservar la posición de extranjera, posición que identifica con un estado de alerta crítico y con la posibilidad de cuestionar de modo incesante los presupuestos y sobreentendidos del propio pensamiento y las ilusiones que llevan a blindar el propio yo respecto del mundo. Posicionarse como extranjera, entonces, es en el caso de Ronell un modo de asegurar la vitalidad de la autoobservación y la libertad de un pensamiento que todavía quiere pensar qué significa pensar.

* Doctor en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Nueva York. Profesor de la Universidad de Buenos Aires. Traductor y editor de los libros de Avital Ronell: *Pulsión de prueba* (Interzona, 2008) y *Trauma TV y otros ensayos* (Palinodia, 2011).

¹ Avital Ronell, *Finitude's Score. Essays for the End of the Millennium*, Lincoln, Nebraska UP, 1994; y “Have I Been Destroyed? Answering to Authority and the Politics of the Father”, en Avital Ronell y Anne Dufourmantelle, *Fighting Theory*, Chicago, University of Illinois Press, 2010.

² Avital Ronell, *Pulsión de prueba*, Buenos Aires, Interzona Editora, 2008.

Trailblazers

En el sentido más literal, Avital Ronell es para nosotros una pensadora extranjera: nos habla en inglés. Maestra de varias lenguas, trabaja también sin mayores problemas con el alemán, el francés y el hebreo de su primera infancia, y realmente no puede decirse que una de sus lenguas sea más suya que todas las otras. Ahora bien, más allá de la riqueza de su idioma, de la complejidad de su situación de lengua, el código que elige para pensar, para comunicar lo que piensa y para leer en compañía de sus lectores es el inglés. Y es en esa lengua además que nos llega a casi todos los que nos hemos dedicado a seguirla: las traducciones de Ronell al español son escasas; la situación en el mundo francés y el alemán es un poco más digna pero no llega a cubrir las necesidades básicas de quienes la estudian. Es en inglés, entonces, que seguimos sus peripecias críticas, admiramos su destreza teórica y comprendemos o intentamos comprender el atletismo de su pensamiento.

Digo intentamos precisamente porque he accedido a su singular modo de pensar comprobando mi condición de extranjero: al leer a Avital me enfrento a una lengua que no es la mía, y en consecuencia a la serie de contrariedades y oportunidades que son propias de esa situación. Es evidente, por un lado, que hay en su lengua personalísima resonancias infantiles o coloquiales que no puedo captar. Pero es también claro que la distancia o la relativa incompreensión a la que estoy condenado se transforman en una ocasión propicia para el ejercicio de la lectura en el sentido más profundo y militante del término, el que a Avital le gusta blandir. En casos como el mío, en la posición del extranjero respecto a una lengua que piensa, la atención se redobla, la puesta en alerta es permanente e incansable, los oídos se aguzan, los sentidos se erizan. Así como reconozco mi incapacidad de alcanzar ciertas vibraciones sutiles, por otro lado valoro la resistencia que me obliga a escuchar devotamente *cada una* de las palabras que Avital escoge pronunciar. La resistencia de ese lenguaje otro me indica la posición correcta para leer a mi maestra.

Entre las numerosas palabras que la prosa de Avital me ha regalado hay una que siempre preservé en su idioma original. Avital suele puntuar sus textos y conferencias con expresiones de agradecimiento hacia quienes llama *trailblazers*. El término español que suele utilizarse en las traducciones es *innovador*, pero la voz inglesa tiene resonancias que se corresponden mejor con el tipo de destrezas que Avital valora

en sus maestros y con el espíritu aventurero de su propia escritura. El *trailblazer* es el que abre caminos nunca explorados. La figura propone un esquema reconocible: la selva o el bosque frondosos, los caminos escondidos o inexistentes, el pionero o el adelantado, que haciendo uso de sus armas críticas limpia la maleza, aparta los obstáculos, hace aparecer los claros y señala por dónde avanzar. La figura bien puede asociarse con la tradición iluminista: el crítico o el pensador es aquel que corre los velos, aparta la confusión y nos trae luz y claridad, nos acerca a la verdad. *Trailblazer*, sin embargo, sugiere una dimensión física en el pensamiento, como si la tarea del pensador no sólo convocara a los órganos de la visión sino también al resto del cuerpo: el pensar para Ronell supondría una lucha, un combate. Eso es lo que sugiere el título de su reciente *Fighting Theory*, una larga conversación con la psicoanalista Anne Dufourmantelle. Una vez más, hay concurrencia de sentidos: *fighting theory* parece nombrar una teoría atravesada por el fragor de la lucha, una teoría en guardia y combativa, pero también puede querer definir el lugar de Ronell en el pensamiento contemporáneo como guerrera que se enfrenta a la teoría, que lucha contra ella con el objeto de abrirla a todas sus posibilidades. La teoría, entonces, que en el mundo de Ronell designa sobre todo a cierta línea de la filosofía francesa que se deja invadir por el pensamiento alemán, forma parte de la maleza que se debe despejar si es que se quiere *pensar* en un sentido profundo. No por casualidad uno de los textos brújula de Ronell es el *¿Qué significa pensar?* de Heidegger, en el que el espinoso filósofo alemán destierra toda equivalencia automática entre ciencia y pensamiento, o entre filosofía y pensamiento³.

Tal vez esto explique por qué para Ronell el pensar tiene que ver con un combate: combatir, por lo pronto, las supuestas certezas de la filosofía y de la ciencia; combatir sus presupuestos, sus afirmaciones arrogantes. El combate, el avance a fuerza de machete, abriendo caminos para los que vendrán e intentarán aprender a pensar, no debe ser entendido de acuerdo con las figuraciones masculinas hegemónicas. Ronell no combate sometándose a los protocolos del logofalocentrismo, sino que lo hace amparada en la tradición de esos pioneros que le han transmitido la potencia de la delicadeza, la posibilidad de desestabilizar con el mínimo gesto, la importancia paradójica que puede tener lo menor y lo oculto⁴. Así, como un guerrero zen (tradición que le interesa particularmente), Ronell aprendió a alojarse en lo que quiere permanecer en silencio, a habitar los márgenes y los bordes, para desde

³ Aquí, uno de los pasajes más visitados por Ronell en sus textos y conferencias: "El hecho de que mostremos interés por la Filosofía en modo alguno testifica ya una disponibilidad para el pensar. Incluso el hecho de que a lo largo de años tengamos un trato insistente con tratados y obras de los grandes pensadores no proporciona garantía alguna de que pensemos, ni siquiera de que estemos dispuestos a aprender el pensar. El hecho de que nos ocupemos de la Filosofía puede incluso engañarnos con la pertinaz apariencia de que estamos pensando, porque, ¿no es cierto?, 'estamos filosofando'". Véase, Martin Heidegger, *What Is Called Thinking?*, New York, Harper's & Row, 1968, p. 37.

⁴ Entre los *trailblazers*, aquellos que han despejado el camino por el que trabajosamente transita,

Ronell suele mencionar en primer lugar a su maestro y amigo Jacques Derrida, pero también a Philippe Lacoue-Labarthe, Jean Luc Nancy, Hélène Cixous, Paul de Man, Jean-François Lyotard y Rodolphe Gasché, entre otros.⁵ Así describe Ronell su confrontación crítica con el corpus de Musil: “He intentado analizar estos problemas con la mayor de las cortesías y con ironía (características que, sin duda incorrectamente, son consideradas francesas). Así, no ataqué a Musil con una Panzer, con armas enormes, pesadas y torpes (aunque efectivas), sino con un toque ligero, con delicadeza”. *Fighting Theory*, op. cit., p. 112. [La traducción de los fragmentos de Ronell es en todos los casos de mi autoría]. La referencia al sabor francés de las estrategias más delicadas anticipa alguna de las líneas de nuestra discusión.

⁶ “Muchas de mis estrategias y tácticas (...) están al servicio de una idea o fuerza que puede causar que un sistema dado implote. Son pequeñas bombas inteligentes filosóficas. (...) trabajo con textos canónicos e intento poner de manifiesto el poder subversivo que ya poseían en su propio tiempo, pero también el modo en el que han sido o están siendo adormecidos en el corpus filosófico o en el cuerpo social tal como lo experimentamos. Busco y reúno topos, lugares, espacios tradicionales o textos para ser capaz de decir ‘ves, el veneno ya estaba ahí, latente’”. *Ibid.*, p. 76.

allí lanzar sus ataques dulces, que a la vez que desestabilizan textos y perspectivas, les regalan como generosa contraparte la revelación de todo lo que podrían ser⁵.

Es decir que aún cuando hay combate, no hay una verdadera violencia contra los textos en el trabajo de Ronell. Hay sí una intimidación. Una lucha cuerpo a cuerpo. Una cercanía que fascina y que provoca. Y esta lectura corporal, este pensamiento que se enreda en la materialidad de los textos, no condena ni cancela sino que pone de manifiesto todo lo que los textos contienen pero se ha silenciado. Podemos decirlo de otro modo: Ronell se involucra en la micropolítica de los textos, poniendo en riesgo los sucesivos equilibrios hegemónicos en su interior, haciendo crujir las jerarquías y dándoles voz a los tonos y registros que no aparecen en la superficie⁶. Como su maestro Derrida, Ronell se aloja en el margen y trabaja desde el margen: de la filosofía, de la literatura y de la vida. Así, su trabajo con la vida y la obra de Goethe implica un reordenamiento del canon goethiano: el texto guía de su trabajo no ha sido firmado por Goethe sino por su ayudante y albacea, Eckermann. Las *Conversaciones*, co-escritas y co-firmadas por Goethe y su secretario, de algún modo laterales al proyecto literario de Goethe, resultan clave para proponer una relectura sostenida sobre la contaminación de vida y obra, el análisis detallado de los sueños de Eckermann y la novela familiar de los Goethe, relectura que revela aspectos del padre de las letras alemanas que han sido descuidados. Este comienzo marca un rumbo crítico; de allí en adelante los ejemplos de compromiso con lo menor se multiplican. Podría mencionar su trabajo puntilloso con las notas al pie, el inconciente del texto según Derrida, notas que suelen ser dejadas de lado en las lecturas apresuradas. También su rescate constante de los personajes menores, laterales, oscurecidos por las grandes personalidades. El mencionado ayudante de Goethe, por supuesto, pero también la hermana de Nietzsche, Papageno en *La flauta mágica*, Alan Turing, “El idiota” de Wordsworth, el hermano no-muerto de Alexander Graham Bell. Toda una galería de actores de reparto que Ronell reconoce en cada caso —en cada vida, en cada corpus— como verdadero detalle configurador.

Vuelvo entonces al término inicial: *trailblazer*. Esta inscripción anglo en mi texto en español es intencional; apunta a preservar en distintos niveles un resto de la experiencia de los lectores de Ronell. Como se ha dicho, el inglés es la lengua en que Avital Ronell (nos) habla. Pero más allá de este dato evidente, que los textos de Ronell sin

embargo nos estimulan a cuestionar, la inclusión de *trailblazer* repone, de manera parcial es verdad, una experiencia fundamental de todos los que hemos leído a Avital, aún aquellos que tienen el inglés como lengua nativa: la experiencia de escuchar otro idioma, de saborear otra lengua, de reconocer aún en las palabras más familiares dobleces y tonos inauditos. En suma, la posición geográfico-cultural de quienes no están en la lengua imperial como lengua madre en realidad se acerca a la experiencia de todo lector de Ronell. Y esto, quiero destacar, es porque Ronell reclama para sí el lugar de extranjera permanente y produce una lengua teórico-crítica que es siempre foránea, siempre en tránsito e imposible de reconocer como propia.

La promesa de lo extranjero

Así como su amigo y maestro Jacques Derrida no encontraba su lugar en una lengua que era materna sin dejar de ser colonial e impuesta, Avital Ronell habla un inglés que tiene las marcas del que lo habita incómodamente o, al menos, con cierta distancia⁷. Esta condición foránea o liminar es evidente en todos los textos firmados por Ronell. Son textos raros, que ninguna iglesia teórica reclamaría para sí. Lo concedo: algunos dirán que forman parte de los múltiples dialectos que la apropiación anglosajona de la deconstrucción hizo brotar en el mundo académico⁸. Pero aún en ese contexto reconocible pero heterogéneo, que alberga expresiones de distinto signo crítico y político, la voz de Ronell se destaca y se distancia, erigiéndose como una isla rebelde en el océano de la *French Theory*. A esta condición trabajosamente renovada, sostenida con ímpetu y energía militante me refería en el título de esta presentación. En efecto, Ronell sólo puede ser presentada como pensadora extranjera.

Ronell habla, siempre, como una extranjera, poniendo en acto los protocolos, los tics y los misterios de una tradición otra que tiene el sabor fascinante de lo esotérico. Por supuesto, algunos de los nombres de la tradición desde la que habla son conocidos: Derrida, Heidegger, Nietzsche, Freud, Bataille, Nancy, Lyotard, Lacoue-Labarthe. El problema es que aún cuando conozcamos bien o creamos conocer bien a qué refieren estos nombres, aún cuando identifiquemos sus títulos salientes y reconozcamos algunos de sus trabajos, conceptos y perspectivas, toda esa información no nos proveerá la llave de la lengua que

⁷ Jacques Derrida, *El monolingüismo del otro*, Buenos Aires, Manantial, 1997.

⁸ Diane Davis (ed.), *Reading Ronell*, Chicago, University of Illinois Press, 2009.

Avital Ronell habla, lengua que se escucha como si hubiera sido enteramente fabricada por ella, aun cuando hace uso, claro está, de las intuiciones, los esfuerzos y las conquistas de muchos de los que la precedieron.

Su recorrido académico comienza en el Departamento de Alemán de la Universidad de Princeton. Es desde allí, desde las cavernas germanas del inconciente, que Ronell hace su primera intervención académica. Su primer libro es *Dictations*, un original estudio del corpus y el cuerpo de Goethe que tiene como hilo conductor y estructurante la relación entre Goethe y su asistente y albacea, Eckermann. Eckerman se transforma, en el estudio de Ronell, en el héroe de una escritura visitada por fantasmas. Responsable del destino del nombre Goethe y refugio de su obra póstuma, Eckerman escribe un texto que parece dictado desde el más allá por la figura del maestro. En esta relación productiva singular Ronell encuentra el modo de volver a hablar del gran padre de las letras germanas contemporáneas sin transitar los caminos ya recorridos; ahora es ella la que funciona como verdadera *trailblazer*, y acaso como parricida. El escándalo con el que fue recibido este intento entre sus colegas es prueba de su carácter disruptivo. No sólo la figura solar de Goethe aparece en estas páginas examinada como la de cualquier corpus; Ronell disecciona el cadáver del padre de la patria con instrumental adquirido en el extranjero. La afrenta es entonces doble. Derrida, Nancy, Lacoue-Labarthe e incluso Lacan hacen apariciones estelares en la mesa de operaciones⁹. Estamos entonces ante una académica aparentemente norteamericana pero con un origen dudoso. Que se refugia, además, en un departamento de lengua extranjera asociado con la reflexión, la profundidad y la lírica introspectiva (cualidades alejadas del ethos americano tal como lo describe Nietzsche, pero también Deleuze). Y que lo hace, a su vez, armada con conceptos y gafas franceses, sosteniendo su no pertenencia allí donde había buscado refugio.

La imposibilidad de situar no ya una lengua o una cultura para Ronell sino siquiera un mínimo punto de lealtad es definitoria de su escritura. Pueden comprobarse a lo largo de su producción intentos denodados de colocarse en el lugar de foránea, de marginal hablante de una lengua menor. Se trata de una colocación acaso un poco masoquista¹⁰ que en el caso de Ronell se demuestra productiva crítica y filosóficamente, aun cuando reactive atávicos sentimientos de desconfianza entre algunos de sus colegas. Comentando las resistencias que

⁹ "Mis directores me pidieron que eliminara los pasajes en los que discutía el problema de la temporalidad y que en cambio entretejiere la idea de naturaleza. Lo que estaba detrás de esta maniobra era la alergia a la terminología filosófica francesa típica de cierto ambiente norteamericano que se consideraba 'colonizado' por Derrida, Foucault y los de su clase. Yo trabajaba sólo con textos alemanes, pero mis colegas los consideraban corrompidos por los franceses y por los análisis típicos de su lengua". Avital Ronell, *Fighting Theory*, op. cit., p. 7.

¹⁰ En sus reflexiones sobre masoquismo en *Stupidity* (2002), Ronell recurre a Freud para leer el caso clínico-literario de Dostoievski. El análisis de Freud en "Dostoievski y el parricidio", que Ronell recupera y discute, pro-

percibe de parte del medio académico, Ronell recuerda una observación que escuchó al pasar en una reunión departamental: “No deberíamos haber invitado a Avital (...) Permanentemente encuentra problemas en los textos, todo se vuelve problemático con ella; es esta tendencia fuertemente cosmopolita, judía, que no se dedica a las grandes obras sino a la ‘hiperinteligencia’, lo que nos irrita y nos molesta”¹¹. La observación confirma nuestra sospecha: la libertad crítica, cuando es llevada a su límite más destructivo y por eso más fértil, parece desprenderse de todo trazo de nacionalidad. Sin patria reconocible, esto es, sin lealtades fundamentales a los textos, a sus firmantes y a los significados que se les ha acordado, Avital es una pensadora cosmopolita. Habría entonces una afinidad electiva entre la condición de extranjera permanente y el desarrollo activista, libre de toda atadura, de la práctica crítica. El tinte judaico que se le atribuye a la figura, matiz que los distintos nacionalismos del siglo XIX y XX se han encargado de estabilizar y hacer circular, tiene en el caso de Ronell una resonancia biográfica que no podemos dejar de comentar.

La sección final de *Fighting Theory*, el libro constituido por un largo reportaje que cité más arriba, está dedicada a un recuento de los primeros años de Ronell, que transcurren entre Praga, Israel y New York, años que las autoras del texto (Dufourmantelle y la propia Ronell) no dudan en describir como “el desastre de la niñez”. Ronell se retrata en esa sección de la entrevista como “un bebé filosófico”: comenta que desde muy pequeña ya tenía “el dedo Sócrático en el aire” y un sentido muy fuerte de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Este primer ímpetu filosófico, al parecer, está directamente ligado a la traumática experiencia de ser un permanente extranjero.

La partida de Israel a los Estados Unidos fue un acto casi clandestino y traumático. Fui enviada de inmediato a una nursery pero había dejado atrás un universo en el que pertenecía a una comunidad que daba un sentido de seguridad – un mundo que, para los niños israelíes, era particularmente indulgente y amable, esto es bien conocido, antes de ser entregados a la maquinaria del ejército. Aquí, en América, me encontré de pronto sola con mi hermano, que nunca dejaba de gritar y llorar (...) Llegamos a Nueva York como inmigrantes nuevos, bueno, eso era lo que éramos, inmigrantes: éramos pobres como ratas, supongo; terminamos en Washington

vee una ilustración concreta de la erección de una agencia interior al sujeto con lealtades claramente exógenas: el superyo. En tanto formación de dicha agencia interna-externa, el masoquismo invita a una caracterización de la subjetividad en la que la distinción entre lo “propio” y lo “ajeno” se vuelve sumamente problemática, situación que para Ronell resulta particularmente fértil y que sintoniza con su posicionamiento como extranjera. Ver Freud, Sigmund. “Dostoiévski y el parricidio”, *Obras completas*, Tomo XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

¹¹ Avital Ronell, *Fighting Theory*, op. cit., p. 112.

Heights. Era invierno en New York, y apenas llegamos, todos nos enfermamos de neumonía. Mis padres estaban desmoralizados, enfermos y solos con dos hijos muy pequeños en un país extranjero¹².

¹² *Ibíd.*, p. 138.

Y, más adelante:

Recuerdo que un niño se nos acercó y nos preguntó: ‘¿Ustedes qué son, judíos?’. Yo respondí: ‘Sí, como todos los demás’. Él respondió: ‘¿Qué quiere decir eso?’. Estaba furioso, se sentía provocado, y nos dio una paliza (...). Nuestro barrio, en ese entonces, era muy cristiano. Había muchos polacos, en particular, y esos chicos eran bastante antisemitas. Irlandeses, italianos también. Con ellos podías negociar y tallar nuevas identidades como corresponde. Y en nuestro barrio, la gente solía poner a negros y judíos en la misma bolsa¹³.

¹³ *Ibíd.*, p. 139.

Haríamos mal en leer estas citas como mero relato biográfico. Sin duda Ronell nos hace transitar por sus traumas iniciales, y nos relata una infancia que comparte muchos rasgos con otras infancias de la Nueva York de la posguerra. Pero estos recuerdos tienen un condimento especial: las intuiciones de Ronell sobre la densidad política de las fronteras nacionales y culturales, y sobre el grado de fuerza y hasta violencia que exige la defensa del propio yo frente a las fuerzas más o menos amigables que constituyen el mundo exterior. Ser judío, un yo marcado históricamente, es vivir en riesgo de agresión. El Otro se transforma en un potencial atacante por el solo hecho de que el judío sostiene su identidad. Ronell tiene entonces, desde temprano, la experiencia de un otro violento, amenazante. Y el arma que aprende a blandir contra semejante amenaza, un arma que le lega su madre, es el ingenio verbal y el uso polémico de la información. Ante el próximo ataque, sugiere la madre, debes decirles que su Señor era judío. Y eso es lo que hace la pequeña Ronell:

Si somos tan sucios, ¿cómo es que el hombre que adoran como un Dios es judío? Para ellos, esto resultó un shock absoluto, pero no fue bueno para mí, porque ellos estaban indignados de que yo me hubiera atrevido a tratar a Cristo como un judío, y se las agarraron con nosotros con más furia que antes. ¡Le dije a mi madre que su estrategia me parecía terrible! Me respondió, como si lo que decía tuviera sentido, que a las personas no les gustaban aquellos que eran demasiado inteligentes¹⁴.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 139.

La secuencia es reveladora. La marca de la inteligencia, de la inteligencia sobre-estimulada, excesiva, desbordante, se manifiesta por primera vez en el marco de una tensión étnico/racial/nacional que tiene ribetes violentos. Y que se inicia, se recordará, cuando la pequeña Ronell explica o implica que todos los niños del barrio son judíos, con una naturalidad y una firmeza nada filosóficas pero con innegables efectos críticos. La reacción de los otros se produce tras ese intento de aplanamiento étnico e identitario. Estallan entonces las diferencias: no sólo hay judíos y cristianos, sino también negros, polacos, irlandeses e italianos. En este nuevo mundo plural, ¿quién soy yo?, pero además, ¿quiénes son mis amigos?, ¿a quiénes puedo admitir en mi mundo, con quiénes puedo negociar? Hay una experiencia muy temprana de las fricciones entre lo propio y lo ajeno, entre lo local y lo extranjero. Experiencia que suscita violencia y peligros para los niños. La sugerencia de la madre no deja de ser llamativa; redobla la presunción inocente de la niña con cierta dosis de malicia: en efecto todos son judíos hija, ¿no ves que su Dios era judío? Y cuando la pequeña Ronell pone en práctica este ataque retórico la respuesta es aún peor. Y ese desastre pasa a estar asociado con la inteligencia, una inteligencia que es excesiva.

Ronell no tendrá problemas en aceptar la condena que les corresponde a los que se pasan de astutos. Y sí que cargará con esa cruz. Lo que modificará o matizará es el proceder de dicha inteligencia. A caso el origen de su disposición filosófica, de su trabajo paciente con las palabras y las perspectivas de otros, pueda ubicarse en las negociaciones iniciales con esos otros también marginalizados que en el relato infantil se llaman italianos, irlandeses y negros. Frente a un uso universalista y aplanador de la razón que intuye los mismos principios operando detrás de los escenarios más diversos (la ley de la madre: todos son judíos), Ronell optará por una evaluación selectiva y delicada, sensible al extremo a las diferencias y a las identidades, conciente de las distancias entre el yo y los otros, pero por eso también dispuesta a explorar modos de acortarlas y superarlas.

Esta experiencia formativa, la circunstancia peculiar de transnacionalidad que Ronell elige inscribir en un texto escrito a dos voces pero de todos modos autobiográfico, parece haber signado su infancia y sellado su modo peculiar de pensar. En lo que sigue, volveremos a encontrarnos con su extrema sensibilidad a los límites entre lo propio y lo ajeno. Esto es lo que aparece en su reflexión sobre las drogas, en su trabajo sobre la capacidad de los cuerpos y los corpus de defenderse y

en su performance de huésped de los textos (de) otros, todas prácticas que llevan al debilitamiento de las fronteras nacionales del yo.

Los anticuerpos de la crítica

“Reinas de la noche”, uno de sus artículos tempranos más celebrados, sirve como caso testigo de la fertilidad de la colocación de extranjera que escoge Ronell. El ensayo propone una revisión genealógica, nietzscheana, del concepto de inmunología tomando como punto de partida la epidemia del sida y como relato ordenador el libreto de *La flauta mágica*, reinterpretado a la luz de la historia clínica de Mozart. El recorrido es vertiginoso, desconcertante, y por momentos difícil de seguir. La destreza de Ronell, sin embargo, produce una convincente crítica de los supuestos epistemológicos y teóricos de la inmunología y le restituye a la pasión de la Reina de la Noche todo su dramatismo al ligarla con una de las tragedias que definen nuestro presente. El artículo ofrece una deconstrucción de la oposición dentro/fuera (del cuerpo) que resulta sumamente útil para pensar la colocación de extranjera en permanente tránsito que caracteriza a nuestra autora.

Ronell se acerca al texto de Mozart –otro corpus marcado por apropiaciones germanófilas, aunque siempre ya habitado por parásitos masónicos y franceses- con su característica humildad, con delicadeza. Le pone límites desde el inicio a su intervención crítica, aclarándonos que no discutirá las interpretaciones del libreto. A continuación, sin embargo, impone a las voces germanas de la ópera una suerte de exilio cultural: las transporta a Norteamérica, a un presente de la enunciación definido por el pánico y la epidemia, en un movimiento crítico que resulta tan violento como iluminador:

Si bien este no es lugar para tratar de entender un libreto que ha causado grandes problemas a los musicólogos en términos de coherencia, inteligibilidad e intención, me gustaría proponer una lectura de este texto que privilegie una noción de inmunidad humana defectuosa en un movimiento cuyas etapas estén marcadas precisamente por modos de infectividad, inclusión parasítica e inmunosupresión. En breve, este sería el drama del drama, una *oeuvre* u opera concientemente atrapada en síndromes de indefensión y deficiencia, pero, sobre todo, en la

mala interpretación de una sustancia extranjera o de un agente causante de enfermedad que ingresa al propio cuerpo operático. Los estudios en inmunopatología han establecido que la capacidad del sistema inmunológico de reconocer una sustancia como extranjera o ‘distinta del yo’ es limitada¹⁵.

¹⁵ Avital Ronell, “Queens of the Night”, *Finitude’s Score*, op. cit., p. 57.

Sintonizando sus oídos a la urgencia del presente, Ronell revisita la ópera y encuentra en el cuadro de inmunodeficiencia una condición clínica con interesantes derivaciones conceptuales. Las enfermedades autoinmunes, nos cuenta, se producen cuando un cuerpo dado se vuelve contra sí mismo porque ha malentendido o malinterpretado sus propias producciones sistémicas, calificando a un cuerpo extraño como extranjero en el peor de los sentidos, como peligrosamente parasítico y hostil a su constitución.

Nietzsche se hace las mismas preguntas que se están haciendo los inmunopatólogos contemporáneos. Una de esas preguntas considera la relación del cuerpo con lo que la ciencia médica llama componentes ‘exógenos’. Para decirlo simple y económicamente, ¿por qué un cuerpo –institucional, político, biológico– no sabe que, bajo ciertas condiciones, se ataca a sí mismo, considerando erróneamente lo propio como exógeno o, sencillamente, malinterpretando los efectos de parásitos amistosos y amantes de la diversión? (Eso es decirlo de manera sencilla). O, a la inversa, mientras ataca al parásito amistoso, ¿cuáles son las condiciones de posibilidad que hacen que este mismo cuerpo permanezca pasivo, silencioso, no receptivo e irresponsable cuando se encuentra frente a un peligro irresistible?¹⁶

¹⁶ *Ibid.*, p. 51.

A nivel celular, la distinción entre lo extraño y lo propio se complejiza como distinción entre lo extraño nocivo y lo extraño amistoso. Hay parásitos benignos, que deberían poder cruzar las fronteras sin mayores protocolos. Hay, por el contrario, cuerpos malignos que deberían ser reconocidos y mantenidos a raya. Las enfermedades autoinmunes desestabilizarían nuestra capacidad para distinguir entre unos y otros; representarían, en el plano etiológico, las consecuencias de un trastorno de lectura. Es contra este trastorno de lectura que Ronell enciende sus motores críticos, dedicándose durante toda su obra a diseñar políticas de recepción de lo extranjero como cuerpo benigno. Ronell es en efecto una verdadera maestra en el arte de alojar y cobijar

lo extranjero: su trabajo con las voces otras, incluso aquellas que le son ajenas o distantes, es ejemplar. Recurriendo a un registro más cercano a la retórica: Ronell tiene el don de la cita. Sabe cómo inscribir la voz del otro en la propia voz, sabe como hospedarla y fortalecerla. Es cuidadosa al extremo, conciente de que cada acto de inscripción es en cierto sentido un acto de reconocimiento, y una oportunidad para dar las gracias.

Esta disposición puede vincularse con lo que Elissa Marder llama “leer con los oídos”, práctica en la que Ronell descollaría, haciendo de la vulnerabilidad y la permeabilidad fundamentales virtudes críticas. Si hablamos del cuerpo, diría Ronell, el oído es el órgano que más expuesto está a ser penetrado por fuerzas exógenas, siendo el único de los órganos sensibles que no podemos cerrar.

Esta apertura y esta permeabilidad de los oídos hacen que el yo se abra al exterior, a sus otros (esto es, a todo lo que no es sí mismo y a todo lo que no es) y también a otros. Como tal, esta permeabilidad (como todas las aperturas) es también una herida y un rastro de incompletud, finitud y ausencia. Como apertura, talla un espacio que siempre puede permanecer vacío, pleno de ausencia. En este sentido, el oído está dotado de poderes y posibilidades crípticos. El espectro del otro ausente y/o la ausencia del yo siempre acechan desde sus pliegues¹⁷.

¹⁷ Elissa Marder, “Avital Ronell’s Body Politics”, Diane Davis (ed.), *Reading Ronell*, op. cit., p. 96.

Esta descripción del oído sirve para subrayar que en el mundo de Ronell el cuerpo humano está siempre ya penetrado y condicionado por el exterior. En este sentido, resulta imposible, por definición, catalogar a un objeto o fenómeno de exterior o extranjero con total certeza. Esta condición básica de la corporalidad humana, su absoluta ambigüedad en lo que respecta a la oposición yo/otros y su absoluta liberalidad a la hora de trazar una política de fronteras, es lo que de acuerdo con Ronell aparece reprimido toda vez que se intenta de algún u otro modo negar la finitud del cuerpo humano. El desarrollo tecnológico, en esta línea interpretativa, sería precisamente un intento de negar la vulnerabilidad y la mortalidad del cuerpo remplazándolo por un cuerpo que no conoce la muerte (todas las tecnologías médicas, pero no sólo ellas, deberían ser pensadas a partir de este postulado). Claro que bajo la mirada astuta de Ronell cada una de estas tecnologías negadoras de la incompletud, la distancia y la muerte (en primer lugar, el teléfono) se transforma en superficie sobre la que leer la apertura

constitutiva del cuerpo y del yo humanos. En este punto resulta crucial el uso que hace Ronell del motivo de la *llamada* tal como lo plantea Heidegger: si algo aparece en el campo de la tecnología, en la historia de la tecnología, es porque ha sido llamado y viene a responder ese llamado. Todas las tecnologías y sustancias asociadas con el cuerpo y la extensión del cuerpo fueron llamadas y convocadas por este y por las fuerzas que quieren ordenarlo u organizarlo, probando de este modo que no son externas al cuerpo en un sentido simple pero también que el cuerpo no termina allí donde el sentido común pretende, encarnándose también en sus otros tecnológicos y químicos que resultan su extensión objetiva.

Los textos de Ronell nos invitan a abrir los oídos a la desestabilizadora extrañeza del cuerpo. Demuestran que todo cuerpo es siempre ya un cuerpo extranjero y nos piden que lidieemos con las consecuencias políticas y éticas de esa condición. Contrariamente a los modos en que ha sido más frecuentemente domesticado, colonizado y apropiado por la filosofía, la religión y la cultura, ningún cuerpo puede ser reducido a la propiedad de un yo. Los cuerpos están rasgados por orificios, aperturas, pulsiones, y funciones vitales que abren al ser vivo a todas las formas de la otredad¹⁸.

¹⁸ *Ibid.*, p. 109.

Aprendiendo de las drogas

Entre las formas de “otredad” que Ronell explora con firmeza militante aparecen en un lugar destacado las drogas, “cuerpos extranjeros potencialmente devastadores”, como llama en su brillante *Crack Wars* a los narcóticos. La referencia no es casual: las drogas ofrecen otro punto de entrada a la relación de Ronell con lo extranjero. Es en efecto en su reflexión sobre los narcóticos y la adicción que Ronell concede una vez más que la noción de “extranjero” debe ser relativizada. No hay nada, parece decirnos, que sea estrictamente foráneo. Las drogas no son sustancias químicas maquiavélicas que llegan desde el exterior a corromper la salud y el bienestar de los sujetos. “Son excéntricas. Están animadas por un afuera que es siempre ya interior”¹⁹.

Una vez más, Ronell se vale de la intuición heideggeriana de la *Ruf* para discutir el lugar fundamental que tienen las drogas en la cultura contemporánea. Las drogas nos fuerzan a reconocer que no existe

¹⁹ Avital Ronell, *Crack Wars*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1992, p. 29.

²⁰ Jacques Derrida, "The Rhetoric of Drugs. An Interview", *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, Vol 5, N 1, 1993.

tal cosa como un cuerpo "saludable". En la medida en que están vivos, los cuerpos están siempre ya habitados por otros extraños y son vulnerables a la muerte por contagio ante cada contacto. Ronell, en diálogo con Derrida, explora rigurosamente cómo las drogas presentan la cuestión del cuerpo como algo que no puede ser contenido, purificado o protegido del contagio²⁰. En este sentido, la figura del adicto es emblemática y central: el adicto es aquel que alberga en su interior un otro extraño o extranjero, pero también aquel que se convierte en un otro extraño o extranjero que amenaza con desestabilizar las fronteras entre *dentro y fuera, yo y otro, aliado y enemigo*. El adicto o consumidor de drogas es, en suma, un extraño interior, alguien que al poner en riesgo nuestra habilidad de establecer fronteras claras es percibido como amenaza a la salud del colectivo. Pero justamente porque es parte del colectivo, y en este sentido "interior", todo intento de aislarlo como elemento invasivo, "exterior", todo intento de limpieza interna, producen una suerte de situación autoinmune: el colectivo se vuelve contra sí mismo.

Por otro lado, las drogas no pueden pensarse como cuerpos discretos sino como respuesta parcial a una demanda, a un deseo o una necesidad que son siempre "interiores". Las drogas están respondiendo un llamado que se origina en alguna de las regiones del sujeto. Considerarlas una amenaza "exterior" de la que debemos defendernos constituye un error de diagnóstico severo: se localiza el problema en un "afuera" pretendidamente separado de lo que nos define como sujetos y se pierde así una oportunidad de cuestionar las formas irreflexivas de distinguir entre yo y mundo. Digo oportunidad precisamente porque las drogas producen una experiencia de trastocamiento de las certezas cotidianas —en términos estrictamente filosóficos: de las categorías kantianas de espacio y tiempo— que es especialmente fértil para emprender una redefinición o recategorización de lo extranjero. Eso es lo que le pasa, entre otros, a Walter Benjamin cuando consume hashish. El intoxicado se vuelve extremadamente delicado, sensible al punto de temer que la sombra que se posa sobre un papel podría lastimarlo. En este sentido, el hashish parece implicar una cierta ebullición de los anticuerpos que aseguran la exterioridad de lo foráneo, que lo mantienen en el afuera ilusorio que es el mundo. Pero por otro lado, el efecto del hashish produce la desaparición de la "náusea", una cierta "benevolencia", la expectativa "de ser recibido amablemente por la gente". El intoxicado, entonces,

se muestra de brazos abiertos e incorpora en su campo (aunque sea visual) lo que en otras ocasiones rechaza y aparta:

Sufrí algo completamente único en mi experiencia: fijé positivamente mi mirada sobre los rostros que tenía a mi alrededor, que eran, en parte, de una fealdad y una vulgaridad notable. Rostros que normalmente habría evitado por una razón doble: nunca habría deseado atraer su mirada, ni tolerar su brutalidad²¹.

²¹ Walter Benjamin, "Hashish in Marseille", *Reflections*, New York, Schocken Books, 1978, p. 138.

Pocas páginas antes, Benjamin se vale de Baudelaire para caracterizar el tono de su estado. El primer signo de que el hashish empieza a hacer efecto, había dicho Baudelaire, es un "sentimiento sordo de aprensión; como si algo extraño, ineluctable, se aproximara". Estamos nuevamente ante una modificación de los límites: lo extraño, lo extranjero, se hace próximo. Y como bien señala Ronell, el texto de Benjamin produce este saber, y da cuenta de su *propia* experiencia, recurriendo a un texto otro, extranjero en términos de nación y de lengua: "Benjamin se inyecta un cuerpo extranjero (*Los paraísos artificiales* de Baudelaire) para expresar su experiencia interior"²².

²² Avital Ronell, *Crack Wars*, op. cit., p. 29.

La intoxicación con drogas –en Benjamin, en Baudelaire y en muchos de los que Ronell lee e invita a sus textos- produce una transvaloración en los criterios usuales de juicio (estético y de otras índoles) que sostienen nuestro vínculo con el mundo y los otros. Lo grosero ya no es grosero, lo feo ya no es feo, el mundo ya no produce náusea. Se acerca, se nos acerca, y lo que antes considerábamos inadmisibles traspasa las barreras de nuestra vigilancia. El yo se ve invadido por una presencia que viniendo desde un afuera se revela en comunicación con lo más íntimo. La experiencia con las drogas pone en suspenso nuestra propia identidad, nuestro sentido de la pertenencia. Creo que los textos de Ronell producen un trastorno similar, una desestabilización reveladora del mismo calibre. Cultivadores de lo extranjero, activistas de lo no idéntico, leales a nada más allá del vértigo de la potencia crítica, llegan al lector como una sustancia extraña, un cuerpo exógeno con capacidades psicotrópicas. Desde su extranjería, Ronell nos invita a un viaje. Nos transporta. Desestabiliza en el camino las certezas que podríamos tener. Y en el proceso instala en sus lectores el virus de la extranjerización incesante, un programa de tránsito infatigable que no tardará en activarse.